

Jacques GAILLOT. Testimonio de Jean-François BERJONNEAU

Jacques GAILLOT decía a veces: "Si sólo quedara un sacerdote en la diócesis, lo nombraría capellán de la prisión. Era una prioridad para él.

Fue allí donde vivió esta preferencia evangélica por la oveja descarriada.

Fue allí donde puso en práctica esta audacia de Cristo que consiste en dejar las 99 ovejas del redil para ir en busca de la que se ha extraviado por caminos peligrosos.

Y aceptó que yo asumiera el ministerio de vicario general siendo capellán de prisiones para no perder la relación con los excluidos.

Asimismo, eligió a Roland DOLLÉ como vicario general en relación con su ministerio como capellán del hospital psiquiátrico.

Para él, la prisión era el lugar donde la Iglesia podía estar en contacto directo con el grito de los excluidos, los marginados, los "maltratados por la existencia", como decía el Abbé Pierre.

Y se dejó tocar por estos gritos.

Y nunca dejó de mostrarles su dignidad a pesar de su duro pasado.

Hemos vivido una hermosa colaboración en este ministerio que consiste en ser testigos de esperanza para aquellos que tanto la necesitan y que a veces piensan que ya no tienen futuro.

Por supuesto, vino a celebrar Misa en las fiestas mayores con esta parroquia intramuros.

Y nos reuníamos por la mañana antes de partir hacia la Maison d'Arrêt en el jardín del obispado a recoger las flores en primavera para decorar la sala que servía de nuestra capilla.

Pero también le gustaba participar en las reuniones de capellanía, escuchar los sufrimientos, los gritos de rebelión, las preguntas abismales de estas personas en espera de juicio.

Y recuerdo que en ciertos momentos salía de la sala de capellanía explicando que no sólo estaba para los muchachos que frecuentaban la capellanía sino también para los demás.

Y acudió con la llave de la capellanía al encuentro de los presos cualquiera que fuera su religión, su origen o el delito cometido en sus celdas.

Allí residía en breves estancias donde podía ejercitar su extraordinaria capacidad de ponerse al alcance de las personas, de comprenderlas y de mostrarles esa amistad que les daba confianza y que le permitía escuchar tantas confidencias.

Y no sólo estaba allí..

También supo mojarse y comprometerse a contribuir a la reinserción de los muchachos que salían de prisión.

Llegó incluso a abrir algunas habitaciones en el segundo piso del obispado para acomodar a los hombres que salían de prisión como parte de la asociación de Pause Café..

No fue fácil porque un día lo llamó un joyero de Évreux a quien uno de sus anfitriones había intentado revender su cruz pectoral que le había robado al obispado.

También llevó esta preocupación en colaboración con asociaciones como Pause café, el abrigo, el hogar, el humanismo, el socorro católico para contribuir en este largo camino del obstáculo que representa la reintegración.

Finalmente, nunca dejó de interpelar a todas las comunidades cristianas reunidas en su diócesis sobre su capacidad de abrirse a estas angustias de los excluidos y de poner en práctica una solidaridad concreta.

Él decía :

“Nuestra Iglesia carece de la pobreza del riesgo.

¿Cuáles son nuestras audacias ahora?

La Iglesia es servidora cuando, en realidad, está del lado de los inmigrantes, de los parados, de los presos, de los excluidos, de las minorías...

La credibilidad obliga a ser veraz en cualquier situación.

Cuando haces cosas, no puedes hacer trampa.

Si la Iglesia no sirve, es inútil”.

Gracias, Jacques, por haber servido a nuestra Iglesia diocesana poniendo a los pobres en el centro de la comunión fraterna.

Contigo hemos comprendido que una Iglesia sólo puede ser fiel a la Buena Noticia de Cristo siendo muy solidaria con todos aquellos a quienes el mundo desatiende.